

...DE AQUELLOS POLVOS...

Javier Brun González

AUTORES/AUTHORS:

Javier Brun González

ADSCRIPCIÓN PROFESIONAL/PROFESSIONAL AFFILIATION:

Gestor cultural

Cultural manager

TÍTULO/TITLE:

... De aquellos polvos...

... We reap what we sow...

CORREO-E/E-MAIL:

javierbrun@cooperacion-cultural.es

RESUMEN/ABSTRACT:

Plantea el autor una reflexión a propósito del estado actual de las políticas de gestión cultural a partir de la situación presente, analizando las, a su juicio, fallas del sistema y los errores cometidos tomando a la cultura como excusa y no como objetivo último.

The author provides a reflection on the current state of cultural management policies nowadays, analysing what are in his view the failures of the system and the mistakes committed by taking culture as an excuse rather than the ultimate goal.

PALABRAS CLAVE/KEYWORDS:

Gestión cultural, política cultural

Cultural management, cultural policy

Preámbulo

Lo habitual sería comenzar esta colaboración agradeciendo a *Periférica* la oportunidad de participar en este número. Esto sería un signo de buena educación y de saber estar.

Sin embargo, en mi caso no es realmente eso, buena educación, porque no pretendo ser en absoluto complaciente y versallesco, sino que se trata de un agradecimiento real. Creo que es una buena oportunidad el verse obligado a pensar de manera más o menos ordenada sobre lo que estamos viviendo y, en especial lo que han sido los últimos años e intentar sacar alguna lección de ello que nos sirva de cara al futuro (¿?), esperando que exista realmente tal.

¿Es que no hemos hablado y reflexionado en estos tiempos sobre el devenir de esta joven (y ahora parece que para algunos, ya *caduca*) profesión, como es la de la Gestión Cultural?

Lo cierto es que en estos dos o tres últimos años no hemos parado de lamentarnos de nuestra suerte. La constante de estos meses ha sido la constatación de la caída diaria de proyectos, la desaparición de empresas culturales, las alarmantes noticias de compañeras y compañeros —muchos de ellos prestigiosos profesionales— que engrosaban las listas del paro, algunas purgas directas (no muchas, pero sí significativas)...

El proceso ha sido vivido por cada uno de una manera distinta y en momentos diferentes. El desánimo (en muchos casos depresión) iba llegando con un *tempo* variable, en función de cuándo tocaba vivir el periodo de cambio y *adaptación a peor*, por parte de cada uno.

Creo que, por eso, es buen momento ahora para empezar a recomponer el rompecabezas que pueda explicarnos qué ha pasado para que nos encontremos en esta situación.

Este análisis no tiene intención académica, pero sí se le debe exigir, cuando menos, honestidad intelectual. Es por ello, por lo que mal iríamos si empezáramos por buscar culpables en otros lugares, en otras profesiones, en otros sustratos ideológicos, y no iniciáramos el relato de los errores apuntando hacia dentro.

Resulta cansino el espectáculo al que estamos asistiendo actualmente, en el que todos y cada uno buscan un culpable al que poderle cargar la práctica totalidad de nuestros males: que si el desmantelamiento del Estado de Bienestar, que si la herencia recibida, que si la clase política, que si el 15M, la acracia y el falso progresismo, que si los bancos, que si hemos vivido por encima de nuestras posibilidades, que si Alemania, que si las autonomías, en especial Cataluña, que si *fuera de España* esto se cura milagrosamente... suena todo a estrategia política de corto alcance o a las típicas excusas de mal pagador.

¿Es que hemos perdido el interés por un mínimo de rigor intelectual? ¿O es que reconocer nuestra propia mediocridad es demasiado doloroso? Avanzo que, ni voy a ser capaz de dar

soluciones, ni a vislumbrar el porvenir de las políticas culturales. Como mucho, aspiro a contribuir –sin paños calientes– a la necesaria catarsis de nuestro sector a través de algunos hechos que creo deben servir de escarmiento o vacuna.

Evidencias

Refriendo el discurso

Empecemos por uno mismo. Comenzábamos diciendo que había habido poca reflexión, que nos habíamos limitado al lamento. Eso no es del todo exacto: En los últimos tres años, la cosa ha sido tal y como comentaba, *la comedia de los horrores* y, sin embargo, en la época justamente anterior he tenido la sensación de pasarme el tiempo de conferencia en conferencia, de jornadas en jornadas, con una frecuencia tal que tenía la impresión de, o bien ser una especie de *tertuliano de la cultura* (en el peor sentido de la palabra *tertuliano*, es decir, *el que pontifica de todo sin saber casi nada de nada*), o bien de repetir los mismos argumentos en distinto orden y con diferente redacción hoy aquí, mañana allí...

Un cierto vacío me ha venido acompañando en esa especie de *coger la ola favorable* para participar en tantos y tantos foros. La impresión no era otra que la de necesitar tiempo para elaborar nuevas hipótesis, nuevos modelos o, cuando menos revisar y criticar los expuestos. Un hábil manejo del *powerpoint* nos ha permitido reciclar material hasta la extenuación, acen tuando unos temas sobre otros, en el mejor de los casos.

Y quiero ponerme como ejemplo para no criticar a otros, pero he de atestiguar que, no pocas veces, me decían algo parecido de notables ponentes habituales sin los cuales unas jornadas que se precien no pueden organizarse (naturalmente, a uno no se lo dicen a la cara).

La verdad es que no se puede dejar de trazar un cierto paralelismo con otros ámbitos de la sociedad ibérica en los últimos años. De la misma manera que no se vende ahora un apartamento, un automóvil, o que el consumo en general ha caído hasta obligar al cierre a numerosos comercios; son contadas las ocasiones que en el último año he cruzado la frontera para participar en algún foro internacional o he hecho lo propio en este país.

Dos ideas recurrentes provocan cierta inquietud, sin que encuentre una respuesta sólida a las mismas:

¿Habremos malgastado el tiempo en el último lustro con el regocijo de lo que sabíamos y sin plantearnos soluciones al cambio que ya se había producido años atrás?

Pero, también ¿Habremos estado vendiendo en nuestros innumerables viajes a América Latina un modelo fallido, no viable, o cuando menos obsoleto?

Para ser sinceros, sí creo que hemos vivido demasiado en la autocomplacencia y la ausencia de crítica ponderada. A pesar de todos los sufrimientos que está causando, la crisis habrá tenido algún efecto positivo –aunque solamente sea por este motivo– si nos obliga a despertar de ese letargo.

Por el contrario, espero que los colegas de América Latina habrán acogido, además de con entusiasmo, con cautela las propuestas o los casos de buenas prácticas compartidos y sabrán cómo adaptarlos a una realidad que conocen mucho mejor que nosotros. No me gustaría verles repetir algunos de los errores por los que hemos transitado y que ahora se manifiestan crudamente.

No en vano, durante estos años he tenido la sensación constante de que, en los distintos viajes a América Latina, aprendía muchas más cosas de las que era capaz de transmitir de mi experiencia europea. De ahí que me pareciera tan afortunado el título de la monografía *Aprendiendo de Colombia* que publicara *Kreanta* (1) en su día.

También me sigo preguntando por qué todos esos proyectos innovadores que podíamos poner en marcha allí gracias a agencias de cooperación, como DECID, por ejemplo, no éramos capaces de desarrollarnos en nuestra propia casa.

¿Cuándo empieza la crisis?, ¿en 2008, en 2011?

Sin duda, se recordará la campaña electoral de 2008 en la que la oposición dibujaba un panorama aterrador, mientras el gobierno se agarraba a unas cifras locales todavía halagüeñas. Después vino lo de la desaceleración, la tan criticada negación de la realidad, los brotes verdes, etc. Lo cierto es que lo que se ha considerado simbólicamente como el inicio de la crisis mundial es la quiebra de Lehman Brothers en septiembre de 2008.

En este ejercicio retrospectivo, me gustaría dejar constancia de algunos artículos aparecidos en los medios de comunicación en los siguientes años.

El primero, aparecido en el *Diario Levante*, en junio de 2009, titula «El teatro aguanta el tirón». Y señala: «Las compañías valencianas mantienen el número de representaciones en 2008 a pesar de la crisis. Los espectadores bajan un 11 % mientras la inversión de las instituciones de estabiliza. (...) el teatro mantiene sus constantes vitales a pesar del *crash* económico». (2)

De la misma manera, el diario *El País*, el 19 de febrero de 2009 titulaba: «Crisis, pero no para el teatro» y hacía referencia al aumento del 3% en el número de espectadores, y del 5% en la recaudación de la cartelera barcelonesa en la temporada anterior.

Si bien es cierto que, al principio de la temporada 2010/2011 *El País*, también, a partir de declaraciones de la Asociación de empresas de Teatro de Cataluña (Adetca), señalaba «Esto se hunde, pero no en el escenario. El sector catalán resiste y encara la nueva temporada 2010-2011 con un optimismo que contrasta con lo que se vive en el conjunto de la sociedad y la que está cayendo». (3) Estos datos, en parte se pueden ver mediatizados por el peso del género musical y no son extrapolables a todo el Estado Español.

Sin embargo, difícilmente cuadran estas referencias con algunas que se apuntan a continuación:

ABC titulaba en mayo de 2012, refiriéndose a Castilla La Mancha, «Desciende la asistencia a cines, teatros y conciertos y crece el consumo de televisión» y añadía que «Las representaciones han caído un 38%, la asistencia, un 41% y la recaudación un 38,7%». (4)

O, el reciente de *El País*, «La cultura, ante su peor momento», en el que, con motivo de la presentación del borrador de presupuestos generales del Estado, avanzaba los severos recortes que en 2013 le esperan al sector. (5)

Por no hablar del que ya empieza a ser de referencia, también *El País*: «Artes escénicas: el mejor de los momentos en el peor de los tiempos» (6), en el que se hace un repaso de la desaparición, a nivel autonómico de circuitos, programaciones, compañías, festivales, a la par que se habla del buen nivel de la producción artística.

El panorama se cierra, por ahora con una noticia significativa, como es la cancelación de la gira española de la compañía de danza Momix, que tenía prevista una presentación en cinco teatros punteros de importantes ciudades de este país. Cuando una compañía de la fama y del sesgo –comercial y de calidad– de Momix suspende una gira por la baja expectación de sus taquillas, es quizá hora de tocar a rebato.

En la experiencia personal diría que la crisis tardó en notarse, al menos un par de años. Y es que lo que parece que ha marcado en términos generales el *tempo* de la crisis ha sido la evolución de las finanzas públicas. Esto, seguramente puede ser matizado, en función de la dependencia que cada sector tenga respecto a la financiación pública.

Otros elementos han tenido, lógicamente que ver, y se podría decir que el mundo de la música vivió un prólogo de ello, por fenómenos externos a la situación económica general y por motivos, la digitalización y la piratería, que todos conocemos.

Sin embargo, el hecho de que en muchos subsectores culturales la crisis venga de inmediato y de la mano de los recortes del sector público, debe llamarnos a la reflexión. No se trata de que los poderes públicos dejen de cumplir su papel de garante del derecho a la cultura, pero tampoco podemos pretender una dependencia total de los mismos.

Mi opinión personal, compartida por cada vez más personas, pero difícilmente demostrable con rigor académico, es que la verdadera crisis no empieza en 2008, sino mucho antes y que esta crisis (al menos su parte más importante) no es la económica, sino de *modelo* y de *discurso*.

Naturalmente, durante el tiempo en el que este modelo no válido seguía siendo sostenido por los presupuestos de las administraciones, el problema no se hizo evidente. La evidencia es cuando se nos abandona frente a la ciudadanía y ésta sigue prefiriendo el *indulto de Barrabás* al del mundo de la cultura.

Porque no nos engañemos, la involución de las políticas con respecto a la cultura ha sido muy importante, pero sectores muy amplios de la sociedad aún piden *más sangre*.

Es un fenómeno que paulatinamente fue haciéndose más patente y que arranca de muy atrás. De una situación en la que la cultura era utilizada electoralmente para la consecución de votos, fuimos pasando a una progresiva desaparición de propuestas en materia de política cultural en los programas electorales o, en el mejor de los casos, unos pocos lugares comunes o apuntes de magnas intervenciones fueron trufando unos programas que, ni eran debatidos, ni casi conocidos por la ciudadanía.

La realidad ha sido un progresivo alejamiento del sector cultural de las necesidades reales y cotidianas de la ciudadanía, pero agravado con un fenómeno añadido en estos cuatro últimos años y del que paso a hablar a continuación.

La cultura como religión oficial del gobierno

No hay que negar el valor que históricamente ha tenido el mundo de la cultura en éste y en otros países apoyando causas justas, llamando a la solidaridad o denunciando actuaciones políticas como la que llevó a este país a intervenir en la invasión de Irak. La plataforma *Cultura contra la Guerra* fue una operación audaz, que supo reflejar la sensibilidad ciudadana y contribuyó sobremanera a su movilización.

Sin embargo, una práctica exitosa y positiva terminó siendo el germen de una utilización de todo un sector creativo y productivo que, posiblemente de manera inconsciente *contribuyó* a permitir su manipulación y estigmatización.

La imagen de una serie de notables creadores identificándose con el poder político, sea del color que sea, supone un error estratégico que todos hemos terminado pagando, en mayor o menor medida e independientemente de lo cercanos o no que nos sintamos de esas determinadas siglas o ideología. Aunque, insisto, nada que objetar con el compromiso social o político del creador, algo no sólo legítimo sino deseable.



Ya sabemos que en la historia moderna de este país la cultura se ha definido mayoritariamente de izquierdas, por motivos particulares que nos arrastran hasta la época de los afrancesados y que tienen su penúltimo episodio en la lucha contra el Franquismo. Pero también es verdad que difícilmente conseguiremos que la cultura sea tomada como una cuestión de Estado, si la mitad del espectro político oficial es excluida de la concepción mayoritaria, convertida casi en pensamiento único.

En ese estado de las cosas, estamos viviendo una situación revanchista provocada en los últimos años por esa exclusión de los que hoy están en el poder y que casi eran calificados como *paletos aculturados*, por la *intelligentzia* de este país. Si a esa revancha se le unen una actitud tradicionalmente poco proclive y unas importantes dificultades presupuestarias, podremos comprender esa sensación de persecución que ha invadido a gran parte del sector.

Si has sido calificado como ignorante por no ver el *traje nuevo del emperador* (coloque cada uno aquí el nombre del equipamiento o proyecto más arriesgado y emblemático que conozca), en el momento en el que tienes la capacidad de decisión seguramente harás pagar cara la burla, a no ser que tengas un carácter angelical a prueba de bombas.

Sea como fuere, la cultura se ha convertido en un arma arrojadiza que exhiben y repudian unos u otros grupos políticos. Y eso es algo que no nos interesa, cualquiera que sea el punto del espectro ideológico en el que nos situemos.

Clientelismos

Si unimos las conocidas imágenes de notables artistas haciendo el guiño de la ceja (que representaba a José Luis Rodríguez Zapatero) con las líneas de actuación del Ministerio de Cultura, por poner un ejemplo, una sombra de duda nos asalta.

Seguramente nada es como parece, pero la intervención del organismo que simbólicamente marca la tendencia de la política cultural en nuestro país ha tenido una mayor preocupación por satisfacer los intereses de algunos creadores (no todos los artistas tienen los mismos intereses que la élite en la que todos estamos pensando) y otros grupos de presión que han dominado el discurso durante algunos años.

El símbolo más reconocido de estos últimos ha sido, sin duda, la SGAE, pero no es el único. A él habría que añadir una serie de *lobbies* del sector audiovisual o editorial, entre otros. Y, sin duda, algunos grandes grupos mediáticos que optaron en esta última década por situarse en todos los puntos de la cadena de valor de la cultura de consumo.

Por poner un símil, la política cultural que ha dominado el tablero, en las grandes decisiones a nivel estatal al menos, sería similar –en el campo de la salud pública– a una política sanitaria que tiene *contentos a los médicos y desatendidos a los pacientes*.

Y esto, aunque se puede tildar de clientelar, posiblemente ésta no sea la única respuesta que explique lo sucedido. Seguramente en ello todos hemos tenido alguna responsabilidad. Pensemos, si no, en el habitual círculo vicioso que se suele presentar entre políticos y periodistas, una relación en la que ambos son mutuamente dependientes.

Pues bien, los medios de comunicación, en su información cultural, han primado la parte más visible y lustrosa de la misma, la que generaban las empresas productoras (no en vano algunos medios forman parte de las mismas) para olvidar lo que los servicios públicos en materia cultural tienen que atender. Es lógico, pues la información de fondo, la básica, la del cumplimiento del derecho de acceso y participación en la vida cultural es muy poco atractiva.

Naturalmente, a ello también ha contribuido que hayan sido los gremios culturales las organizaciones que –legítimamente– más han batallado por sus intereses, hasta el punto de que, en decisiones cruciales, fuera más sencillo enfrentarse a los intereses de políticas culturales municipales o a los derechos culturales de la ciudadanía, que no a las reivindicaciones corporativas (casi siempre justas, pero no siempre prioritarias frente a necesidades básicas). Si además, como decíamos antes, de estas organizaciones profesionales se hace cumplido eco el periodismo cultural, el resultado se puede ir entendiendo.

Porque no es cierto que las reivindicaciones de los gremios no sean habitualmente razonables, pero también es primordial entender que el papel de la administración tiene que ser de árbitro

entre intereses no siempre coincidentes y, en este sentido, se ha claudicado ante una presión asimétrica entre colectivos más o menos bien organizados que representan al segmento profesional de la cultura y las demandas no explícitas de una ciudadanía que, a fuerza de no ser tenida en cuenta ha ido dando la espalda a las entidades que deben velar por el interés general.

La cultura es algo más que un sector económico

Una idea real y brillante nos sirvió para justificar nuestra existencia como generadores de empleo en otros momentos duros de recesión (en las crisis que se vivieron en el umbral de los 80 y a mediados de los 90). Me estoy refiriendo lógicamente a la consideración del mundo de la cultura como un sector productivo y creador de riqueza económica.

Este ha sido un caballo de batalla real, interesante y que ha permitido, de la mano de algunas de las asociaciones gremiales anteriormente citadas, el ir conformando un sector mejor preparado, con personas capaces en todos los eslabones de la cadena, ir llegando a una normalización paulatina de las condiciones laborales –aún estamos lejos de ello.

Pero, no es menos cierto que, en todo este periodo, a fuerza de insistir en una única *idea fuerza*, hemos ido olvidando la parte esencial del asunto. Es decir, el valor intrínseco de la cultura, la necesidad de la comunidad y de cada ciudadana/o de participar en la vida cultural.

Al olvidarnos de la parte más importante (la razón de ser de la cultura, su utilidad social o individual) el hecho cultural, en su faceta más cotidiana, en su aspecto más popular y, en ocasiones en su vertiente más antropológica, ha ido desarrollándose al margen de nuestras actuaciones. El resultado es que la mayor parte de la población no se siente reflejada en nosotros o –expresado con un término cada vez más tópico en la literatura periodística y sociológica– siente una mayor *desafección* ante nuestro trabajo.

Seguramente, nuestra propia vanidad como *valedores de los creadores*, o nuestro afán por sentirnos cercanos a la excelencia artística ha jugado también un papel importante en todo ello. Hemos querido ser reconocidos como *connaisseurs* y como *mecenas de la excelencia*, tanto entre nuestro círculo local, como entre nuestra red de pares.

El resultado ha sido, es, un estrechamiento de nuestro espacio vital profesional que no se ha podido detectar de manera más evidente hasta que no hemos empezado a tener problemas presupuestarios.

Este estrechamiento nos viene dado por dos tipos de presiones:

- a. En la parte superior, por la importancia creciente de las propuestas comerciales, es decir, por el consumo cultural en estado puro.

- b. En el otro extremo, por la práctica cotidiana, tanto por el disfrute doméstico de productos culturales, como por la emergencia de nuevas formas de expresión cultural que no se enmarcan en los parámetros habituales en los que clasificamos nuestras disciplinas y géneros artísticos.

Cultura progresista o políticas regresivas

Y es que, en este orden de cosas, aún no hemos resuelto nuestros conflictos de definición, inherentes a un dominio en el que tenemos que conjugar o armonizar ejes de difícil ensamblaje.

Siento repetir algunos de mis argumentos de estos años (una vez más, perdón), pero seguimos sin saber dar respuesta al problema que se nos plantea entre temas como la democratización de la cultura, la preservación de la excelencia artística o la práctica cultural.

No en vano, el reciente libro de Mario Vargas Llosa, *La civilización del espectáculo*, aborda algunos de estos asuntos, como siempre de forma brillante aunque, en ocasiones, maniquea. Un texto que pone el dedo en la llaga de algunos de los asuntos que nos ocupan en este artículo, aunque apostando por una visión algo melancólica del paraíso perdido por la burguesía ilustrada.



La propia preocupación por estos temas por parte del librepensador premio Nobel, así como las reacciones que ha desatado nos demuestran que ésta es una herida que está lejos de cicatrizar.

Y es que no hemos resuelto nuestra confusión sobre cómo manejar y combinar conceptos y prácticas de la alta cultura, la cultura tradicional, la cultura popular, el pop, las culturas urbanas, las subculturas, la experimentación, y un largo etcétera.

Quiero sacar a colación algunas de las tesis que ha defendido –contracorriente como es característico en él– el buen amigo Pau Rausell, calificando de *regresivas* algunas de las políticas culturales practicadas en los últimos años. Él las refería a ejemplos muy significativos, como la financiación de las temporadas de ópera en nuestro país y que (estoy simplificando mucho el ejemplo) el dinero de los impuestos de todos los ciudadanos servía para beneficiar los intereses de una determinada élite que, para postre y de manera general, no hubiera tenido dificultades para abonar el coste real de la actividad.

Pues bien, este ejemplo, quizá demasiado simplificado es cierto, pero real, sirve de muestra para una parte importante de nuestras intervenciones.

Lógicamente, se dirá que la preservación de un bien superior está en juego (Vargas Llosa se apuntaría pronto a esta idea), pero lo cierto es que, con presupuestos de la mayoría hemos estado beneficiando a una serie de élites culturales (no digo económicas), dejando al margen el trabajo necesario de la parte sustancial de la población.

¿Quiere eso decir que debemos de dejar radicalmente de intervenir de la manera que hemos hecho?

Probablemente tendremos que combinar el mantenimiento de una cierta programación artística regular, con las codificaciones actuales, junto con intervenciones mas *ad hoc* y siempre en la búsqueda de un acercamiento a la ciudadanía, a los códigos por ella manejados, con un afán de incorporar éstos a una reelaboración que los sitúe en un rango de mayor reconocimiento social y, por otro, también deberemos intentar compartir y acercar, con espíritu pedagógico, estos amplios sectores excluidos o autoexcluidos, de manera que aumente su *capital cultural* (en el sentido que Bourdieu da al término).

Pero, sobre todo habrá que profundizar en la utilización de la cultura como herramienta de intervención social y, muy en especial, habrá que agudizar la escucha.

De cualquier modo, tendremos que irnos re-acostumbrando a que el panorama cultural de nuestras ciudades y territorios (en el sentido geográfico) o de nuestros diferentes géneros (en términos temáticos y de disciplina) es cada vez más multipolar y en ellos representamos un nodo más de un complejo sistema.

Esto último es algo de lo que hemos venido hablando mucho en este periodo, pero de lo que pocos actores han sido totalmente conscientes y consistentes en su praxis diaria.

Habrà que ir aceptando un papel subsidiario en ocasiones, un papel de acompañamiento en otras y también el hecho de ser instrumentales en el objetivo de emancipar a los distintos colectivos que conforman la sociedad civil para que sea ésta la que tome cada vez más la palabra.

Y habrá que ir saliendo de los sacrosantos templos de la cultura y de nuestros despachos para volver sobre el terreno que pisa el común de los mortales.

Algunos desmanes y escàndalos no precisamente culturales

Porque en las antípodas de lo que debiera haber sido la tónica dominante estos años encontramos algunos ejemplos que han lastrado nuestra credibilidad. Algunos de ellos son hijos de unas buenas prácticas iniciales que sentaron escuela, pero que fueron burdamente imitados en la forma, aunque no en el contenido.

Cuando me refiero a esas prácticas exitosas, podemos colocar como origen algunas intervenciones como, por ejemplo el Raval de Barcelona, Temple Bar en Dublín o la regeneración de Bilbao (por citar ejemplos archiconocidos), en las que la política cultural estuvo presente de manera importante.





Luego vinieron otras que se fijaron exclusivamente en el gesto y no en el sentido de la *coreografía*. Ahí tenemos algunos elementos, en mi opinión fallidos, como lo sucedido en relación a la *Ciutat de les Arts*, de Valencia o, de manera muy diferente pero con elementos comunes, al *Fórum de les Cultures* 2004. Ambos tienen algo en común, como es el hecho de que la cultura no es objeto de la intervención, sino excusa para la misma.

Se podría decir que, en esta línea de actuaciones, el *Fórum* marca uno de los puntos de inflexión de lo que luego veríamos empezaba a suceder en el resto de la península y que es, insisto, la utilización, cada vez de manera más burda y ostentosa, de la *cultura como un pretexto* para continuar con la fiesta urbanística y arquitectónica de este país que nos ha dejado en el lamentable estado en el que nos encontramos.

Alguien ya avanzó, incluso antes de 2004, que el *Fórum* no era más que una operación urbanística. Tras ello, hemos visto ejemplos en casi todas las autonomías y dependiendo de todos los colores políticos en el poder.

Pensemos en ejemplos como la Ciudad de la Cultura de Santiago de Compostela, La Ciudad del Circo, y un largo etcétera, que señalara el Diario *El País* en mayo de 2011, (7) o en la serie «Crónicas del despilfarro», de noviembre de 2011. (8)



No aceptemos que ahora se nos hable de desmanes millonarios en materia cultural cuando en realidad la cultura era solamente la coartada. El verdadero desmán se seguía haciendo de la mano de *arquitectos-estrella* en connivencia con responsables locales o autonómicos, en algunos casos por vanidad y con el deseo de pasar a la posteridad (pecados veniales) y en otros, por intereses más inconfesables que han ido poco a poco saliendo a la palestra.

Justos por pecadores

Tras considerar toda una serie de errores o desmanes, a esto habría que añadir la utilización poco ética que ha hecho una serie de medios de comunicación que, bajo el afortunado apodo de *TDTParty* (Gabilondo *dixit*) han hecho gala del viejo lema de «el fin justifica los medios» (nunca mejor dicho), para terminar de transmitir una imagen de la cultura como algo inútil, superfluo y frívolo y para colocarnos a todos en el disparadero.

Es decir, como suele ser habitual, las culpas se reparten por barrios.

A pesar de que la mayoría de quienes se dedican profesionalmente a la cultura trabajan tanto como el resto de la ciudadanía (incluso se levantan a las siete, aunque no lo sepa el actual presidente del gobierno), *todos* han terminado purgando los errores de *algunos*.

Se ha abierto la veda. Algunos actos de la *vendetta* han sido notables (Centro Niemeyer, por poner un ejemplo), pero en la mayoría de los casos ha bastado con la disminución progresiva de presupuestos, algo que ya ocurrió en los últimos años del anterior gobierno pero, de manera especial en la fase actual.

Eso ha ido produciendo desapariciones de festivales, cierre de programaciones, liquidación de circuitos, mantenimiento de infraestructuras sin dotación para su actividad (*¡qué suerte tiene el cemento!*), empresas culturales que pasan a mejor vida, creadores o productores con verdadero talento que malviven en el umbral de la miseria...

En algunos lugares se ha podido aguantar el tipo hasta la fecha con cierta dignidad. Puedo atestiguar que en ciertos sitios la programación se ha mantenido y, aparentemente la debacle no se ha producido. En realidad, y aunque el mantenimiento de los programas sea motivo de congratulación, si profundizamos, eso ha sido, frecuentemente, a costa del sacrificio de creadores o de las profesiones anejas que han tenido que aceptar condiciones sumamente difíciles para seguir con su actividad.

Y claro, se generalizan los *bolos a taquilla*, por poner un ejemplo. Algo que podría ser positivo si entre todos consiguiéramos que las taquillas tuvieran un nivel aceptable. Pero, mal momento en el que, más allá de las dificultades económicas de la población, existe una depre-

sión colectiva que anima poco a salir de casa con el *frívolo* (?) objetivo de disfrutar de un concierto en vivo o de una representación escénica.

Ahora bien, si queremos que esta modalidad de la taquilla sea una verdadera alternativa (no solamente para las propuestas más marcadamente comerciales) debemos actuar con responsabilidad y sentir como propio el riesgo que asumen los intérpretes o promotores. Aún está coleando, al escribir estas líneas, la polémica suscitada por Guillermo McGill al negarse a actuar en el Festival de Jazz de Madrid por entender que los organizadores no habían hecho su trabajo en concreto, y en sus propias palabras «por desacuerdo al respecto de la profesionalidad de la organización», como recoge la publicación *Aire Flamenco*. (9)

¿Algunos signos alentadores?

Seguramente, tendrán todavía que suceder muchas cosas para que podamos recuperar el pulso perdido. La duda es si alguna vez llegaremos a ver a la cultura (¿qué cultura?) ocupando el espacio de visibilidad del que ha gozado en algún momento reciente.

No deberíamos, a pesar de todo, caer en el derrotismo.

En las últimas tres décadas hemos tenido una evolución muy importante. Se han puesto en marcha numerosos proyectos, equipamientos, sistemas de gestión. Se han formado innumerables profesionales. Nuestros creadores han desarrollado obras magníficas. Nuestros intérpretes han tenido a su alcance posibilidades de formación que han aprovechado para dotarse de una capacidad técnica y expresiva como nunca había pasado antes. Se ha aceptado como normal algo que en tiempos fue esporádico e infrecuente.

Pero, posiblemente, y como he comentado en numerosas ocasiones, este país se ha inspirado reiteradamente en Francia para construir un modelo cultural que solamente resulta sostenible con inyecciones importantes de dinero, algo en lo que nuestros vecinos constituyen –aquí sí– un ejemplo excepcional.

No se pueden importar modelos a medias. Por eso, en cuanto hay algún problema relevante, el sistema se resquebraja.

Para tener un modelo como el francés, además de un país poderoso económicamente (Francia es la quinta economía mundial, mientras que España ahora está en decimosegundo lugar) y con una estabilidad (una economía no fruto de burbujas inmobiliarias como ha sido la nuestra), hace falta un cierto consenso mínimo en todo el espectro político, aunque luego haya matices importantes entre opciones.

Naturalmente, ambas cosas no se dan en este país. Económicamente no hace falta ni comentarlo, pero políticamente ya hemos visto: *de aquellos polvos...*

Para eso, habrá que preocuparse en cómo podemos hacer de la cultura algo en lo que se sientan reflejadas, si no todas, la mayoría de las personas de nuestra sociedad. Sólo así podríamos recuperar algo que sirvió de motor para llegar hasta donde hemos llegado: *el sentir general ciudadano de la necesidad de la cultura*. En la Transición partíamos de una situación infinitamente más precaria que la actual, pero ese aliento social sirvió para superar no pocas adversidades.

Y no solamente por convicción o por mandato constitucional. Si termina abriéndose paso la enmienda introducida por CiU al proyecto de Ley de Mecenazgo, las aportaciones individuales pueden llegar a tener una importancia capital en la financiación de la cultura en este país. (10)

Y, paralelamente, a la espera de que algún día dejemos a un lado el cainismo que tanto nos caracteriza como estado, habrá que ir dando pasos buscando modelos que podamos adaptar a nuestra realidad, más modesta que la de nuestros vecinos galos.

Esto obligará a clasificar algunas prácticas como *amateurs*, pero dándoles importancia en sí mismas y no olvidándolas como hasta la fecha.

Pero también tendremos que darnos cuenta de que cuanta mayor práctica *amateur* haya eso será un signo muy positivo, aunque en el caso de la práctica profesional estará limitada por las leyes de un mercado que, aunque matizado y corregido, no puede estirarse indefinidamente, sino es, de nuevo, a costa de la precariedad de quienes pretenden vivir de él (de nuevo, redimensionar para que los creadores puedan vivir profesionalmente de una manera digna).

Y deberemos evitar caer en la trampa habitual de considerar como enemigos a la gente de nuestro propio sector –por ser la que tenemos más a mano– sin darnos cuenta de que, en el fondo, todos estamos en el mismo barco..., aunque sea a la deriva. De una vez por todas, comprender que gestores y creadores no tienen intereses contrapuestos, aunque tampoco sean coincidentes.

Nos debe preocupar saber cómo podemos conseguir que la cultura siga siendo algo que haga mejor la vida a nuestras vecinas y vecinos, que eso sea posible aún en tiempos complejos y que haya gente que pueda seguir haciendo de ello una forma de vida.

Porque, si no, a diferencia de lo que está pasando con los recortes en sanidad y educación, el desmantelamiento del sistema cultural en este país solamente nos está preocupando a los que vivimos de él.

Es pronto para ver los dichosos *brotes verdes*, pero sin duda, algún día llegarán. Tendrán que llegar de la mano de un elemento que se ha convertido en punta de lanza de las rei-

vindicaciones en materia de regeneración política en España en este último año: la *participación*.

Cuando hablamos de participación, no estamos hablando solamente de esclerotizadas estructuras que figuran en los organigramas de muchas de nuestras instituciones y que terminan siendo un trámite administrativo más.

Estamos hablando de un profundo ejercicio de escucha, de empatía y una corresponsabilidad a la hora, no solamente de asistir a las propuestas ofertadas, también de participar en el diseño, en la toma de decisiones y en la ejecución de las mismas. Nada nuevo, como vemos, que no haya estado en documentos como la Agenda 21 de la Cultura pero que, en pocos lugares ha pasado del papel y el discurso a la práctica real.

Seguramente tendremos que comernos orgullos *tecnocráticos*, aceptar contradicciones intentando dilucidar si una externalización determinada es privatización o participación, dudas sobre el carácter cultural o la calidad artística de no pocas de las propuestas que deberemos llevar a cabo.

También tendremos que aceptar cumplir una función subsidiaria o utilitaria, revisando nuestros preceptos sobre lo que es el servicio público y el interés general.

Sin embargo, tengo el convencimiento que ya estamos trabajando en la resolución y en la salida de este síndrome de adolescencia que vivimos todas y todos los que vivimos de, por y para que la cultura y la creatividad sea un elemento central en nuestra sociedad.

Epílogo

Pido disculpas de nuevo a quien se haya podido sentir atacado u ofendido. Nada más lejos de mi intención. Quisiera aclarar también, para finalizar, que este análisis se hace desde una convicción y una visión progresistas, aunque apartadas del papel de la cultura en la vida contemporánea. Sin duda algunas afirmaciones se antojarán contradictorias –espero que no reaccionarias. Una discusión amistosa y larga podría aclarar esa sensación.

Fecha de recepción: 7 de noviembre de 2012

NOTAS

(1) BERTRAN, R. y MANITO, F. (Ed.), (2008): *Aprendiendo de Colombia*, Barcelona, Editorial Kreanta.

(2) *Diario Levante*, «El teatro aguanta el tirón». 13 de junio de 2009. <http://www.levante-emv.com/cultura/2009/06/13/teatro-aguanta-tiron/600979.html> documento en línea, consulta 30/10/2012.

(3) *El País*, « El teatro afronta optimista la temporada». 31 de agosto de 2010. http://elpais.com/diario/2010/08/31/catalunya/1283216849_850215.html documento en línea, consulta 30/10/2012.

(4) *ABC*, «Desciende la asistencia a cines, teatros y conciertos y crece el consumo de televisión». 8 de mayo de 2012. <http://www.abc.es/20120805/comunidad-castillalamancha/abcp-desciende-asistencia-cines-teatros-20120805.html> documento en línea, consulta 30/10/2012.

(5) *El País*, «La cultura, ante su peor momento». 26 de septiembre de 2012 http://cultura.elpais.com/cultura/2012/09/26/actualidad/1348692120_825811.html documento en línea, consulta 30/10/2012.

(6) *El País*, «Artes escénicas: el mejor de los momentos en el peor de los tiempos». 15 de marzo de 2012 http://cultura.elpais.com/cultura/2012/03/15/actualidad/1331830696_928061.html documento en línea, consulta 30/10/2012.

(7) *El País*, «La burbuja de los museos». 14 de mayo de 2011 http://elpais.com/diario/2011/05/14/babelia/1305331975_850215.html documento en línea, consulta 06/11/2012.

(8) *El País*, «Crónicas del despilfarro». 12 de Noviembre de 2011 http://politica.elpais.com/politica/2011/11/11/actualidad/1321028878_539150.html documento en línea, consulta 06/11/2012.

(9) *Aire Flamenco*, «Guillermo McGill explica por qué suspende concierto en Festival de Jazz de Madrid». 30 de octubre de 2012 <http://aireflamenco.com/noticias/1289-guillermo-mcgill-explica-por-que-suspende-su-concierto-en-el-festival-de-jazz-de-madrid> documento en línea, consulta 07/11/2012.

(10) Exención de los primeros ciento cincuenta euros de donaciones en declaraciones individuales.